

es ya infierno para mí?
Descuidad, resuelto estoy.
Por remediar vuestra suerte,
por salvaros de la muerte,
á perderlo todo voy.
Por premio pediré al rey,
si mi hazaña ha de premiar,
vuestra belleza salvar
de la promulgada ley.

(Con vehemencia.)

Y su gracia, y la de Dios
perderé contento, y todo,
mi fama hundiré en el lodo
por merecer ¡ay!... de vos
una mirada propicia,
una muestra de interés,

(Hinca una rodilla.)

pues que mi alma á vuestros piés,
abrasada, se desquicia.

MARÍA. (Asombrada.)

¿Qué es lo que haceis?... ¿Qué demencia?...
¡Señor capitán!... ¿qué es esto?
¿Vos ante mis plantas puesto?
¿Vos?... ¡Cielos!

GARCÍA.

Sí. La violencia
de un encanto me ha rendido,
y desde el punto en que os ví
tan bella, me convertí
de vencedor en vencido.
Esta furiosa pasión,
que cual rayo fulminante
abrasa mi pecho amante,
os merezca compasión.

MARÍA. ¡Señor capitán!

FELISA. (Muy desconsolada.) ¡María!

GARCÍA. (Levantándose.)

Ángel divino, os adoro;
sois un celestial tesoro...

MARÍA. ¿Hombre de tanta hidalguía?

GARCÍA. No os asombre nada, nada.

Vivireis, sí, yo lo juro,
que es mi pecho vuestro muro,
vuestra defensa mi espada.
Sin temor de aquí salid:
cuido yo vuestro decoro.

Pero... pensad que os adoro.

Basta.—Tras de mí venid. (Vase.)

MARÍA. (Muy abatida.)

¡Felisa!... ¡Felisa mía!
raro peligro corremos.

FELISA. En el cielo confiemos,
desventurada María. (Vase.)

ESCENA II

Decoracion corta, de árboles y peñascos, y á un lado se verá la boca de una gruta, por la que sale D. FERNANDO vestido de toscas pieles como pastor.

¡Oh, cuánto Corbacho tarda!
¿Qué habrá ocurrido?... ¡ay de mí!
Ya con inquietud aquí
mi ansioso anhelar lo aguarda,
¡Cielos!... ¿Qué es lo que retarda
su vuelta?... ¿La carta mía
habrá llegado á María?
—¿Querrá mi dichosa estrella
que torne á mis brazos ella,
cual amante le pedía?

(Se pasea.)

Aumenta mi sobresalto
el que toda la mañana
ha atronado esta montaña
rumor de lid ó de asalto.
Y aquí de noticias falto,
entre esperanza y temor,
desde que cesó el rumor
lucho, y el temor me gana,
porque en mi suerte tirana
lo seguro es lo peor.
Ni ya puedo prolongar
esta situación penosa,
do mi estrella desastrosa
me ha podido colocar.
Milagro ha sido escapar
entre tanto desconcierto,
con este traje encubierto,
sin que nadie me haya visto
los largos días que asisto
en este oculto desierto.

(Agitado.)

¿Y el término cuál será?...
¡Cielos!... ¿Perderé á María
después de tanta agonía,
ó mi amor la cobrará?
¡Ay! si decretado está
que nunca yo la posea,
que ajena ¡oh rabia! la vea...
Un rayo ántes me confunda,
esta montaña se hunda,
y mi sarcófago sea.

(Pausa.)

Mas ¿qué va á ser en el mundo
de mí, infelice?... ¿Qué espero?
¿Qué porvenir fundar quiero?...
Me anonado, me confundo.
—¿Qué digo?... Mis dichas fundo
en mi deliciosa llama;
junto á aquello que se ama
es mentira el orbe todo;

son vago viento, vil lodo
cuna, estado, honores, fama.

(Pausa.)

¡Ay!... Si mi padre supiera
que no en Flandes, sino aquí,
me tiene perdido así,
este amor, ¿qué me dijera?
¿Y si descubrir pudiera
que una morisca?... ¡Hado impío!
De pensarlo siento el frío,
por mis venas, de la muerte.
¡Padre!... ¡padre! ¡dura suerte!
Perdon, perdon, padre mío.
¡Cielos! que su maldición
no me abrume. Enhorabuena
me desherede, tal pena
tenga mi ciega pasión.
Yo en el último rincón
de la tierra gozaré
lo que siempre llamaré
mi delicia y mi ventura,
y la infundada censura
del mundo despreciaré.
Al lado de mi María,
en el antártico suelo,
bajo un nunca visto cielo,
¿quién turbará mi alegría?
Allí con la espada mía
honraré mi ilustre cuna,
y en ocasión oportuna
otro estado ganaré,
y lo que alcanzan sabré
el amor y la fortuna.

Sale CORBACHO vestido de soldado, y
con un envoltorio de ropa que tira á
un lado.

CORBACHO. Mal haya amén el momento
en que tu estrella sañuda
te hizo ver á esa morisca
para pasar tanta angustia.
Y el punto y hora mal hayan
en que te dió la locura
de abandonar lo de Flandes,
por perderte en lo de Júcar,
en tan graves compromisos,
en tan negras desventuras,
reducido como fiera
á la estrechez de esa gruta.
Y á meterme á mí en embrollos,
en disfraces y en trifulcas,
que en Peralvillo es probable,
Dios sea sordo, que concluyan.

D. FERNAN. Corbacho amigo... ¿qué es eso?
Tus palabras me atribulan;
y en mis labios se amontonan

y se hielan las preguntas;
porque temo mil desastres
de esas tristes quejas tuyas,
y horribles presentimientos
me abaten y me conturban.
CORBACHO. Pues ya metido en el paso,
do no debiste entrar nunca,
es forzoso, vive Cristo,
que de él con valor te escurras.
D. FERNAN. Pues ¿qué acontece? Dí, acaba:
ya la impaciencia me abrume.
CORBACHO. Allá voy, que reventado,
y hecho de hambre una aleluya,
no puedo mover la lengua
con la rapidez que buscas.
—Aunque con estos disfraces
en la soldadesca turba
entro y salgo, fué imposible,
como sabes, á mi astucia,
durante seis largos días,
dar curso á la carta tuya.
Porque sitiado el castillo,
y defendido con furia,
y estando dentro tu amada
con toda la infame chusma,
llegar á ella no podía,
á no convertirme en grulla.

D. FERNAN. (Impaciente.)

¿Con que, la carta?...

CORBACHO.

Un momento,

y lo sabrás todo: escucha.
Viendo el capitán García
que aun la breva estaba dura,
apeló para ablandarla
á una militar astucia.
Y hoy mismo, á la luz primera,
fingió con destreza suma
emprender la retirada,
con apariencias de fuga.
Creyéronla los rebeldes,
y aun vencedores se juzgan,
y con su rey vergonzante
salió la morisca chusma,
en el alcance buscando
feliz término á la lucha.
A la abandonada villa
las mujeres, sin cordura,
descendieron, anhelosas,
en muchedumbre confusa:
yo me presumí que iría
Felisa el ama, sin duda,
como las demás; y cauto
me oculté en las angosturas
del camino, en unas tapias
que aquellas huertas circundan.
Vé pasar varias moriscas,

y como soles algunas,
cuando á muy pocos momentos
quiso mi buena fortuna
que venir viesse á Felisa,
sola, sola.

D. FERNAN.

¿Sola?...

CORBACHO.

Escucha.

Sola: la llamo, se para,
salgo á su encuentro, se asusta;
al pronto me desconoce,
iba á hablarla, cuando juntas
ví venir otras mujeres,
y temiendo me descubran,
torno á esconderme en las tapias...

D. FERNAN.

(Con viveza.)

¿Y la carta?... ¡Oh suerte cruda!
La tiré á sus piés.

CORBACHO.

D. FERNAN.

Y dime,

¿la tomó?

CORBACHO.

Señor, ¿lo dudas?

Yo se la ví alzar del suelo.

D. FERNAN.

¿Y sin respuesta ninguna
te vuelves? Sin que siquiera...

CORBACHO.

Eso es ya pedir cotufas
en el golfo. Tú no sabes
cuán espantosa trifulca
se armó despues. En las tapias
quedéme, por si oportuna
ocasion se me ofrecia
de hacerle cien mil preguntas
á su vuelta. Mas de pronto
se alzó nueva baraunda,
que á salir de mi escondite
me obligó con prisa, y mucha.
Las tropas que figuraron
la retirada, á las turbas
de moriscos acometen;
otra vez la villa ocupan,
y la entregan á las llamas.
Pónense al momento en fuga
las infelices mujeres,
suben al castillo, y buscan
refugio en él: á él se acoge,
herido en la escaramuza,
Albenzar, aun pretendiendo
prolongar allí la lucha:
y todo en vano. García
habia dejado ocultas
en el inmediato bosque
dos banderas, que, sin duda
de acuerdo con los del fuerte,
pues los traidores abundan,
lo escalaron sin defensa,
y todo fué muerte, angustia,
robo, confusion, rüina,
desolacion, llanto, furia.

D. FERNAN.

(Agitado.)

¡Ay Corbacho!... ¿Y mi María?
Tú su infortunio me ocultas;
dime pues... ¿En tal desórden?...
¿En tal trastorno?...

CORBACHO.

(Con soflama.) Te apuras,
señor, muy pronto. Está viva,
y un gran protector la escuda.

D. FERNAN.

El cielo.

CORBACHO.

(Con malicia.) El cielo... bien dices;
por medio de la bravura
del buen capitán García,
que es hijo de la fortuna.

D. FERNAN.

(Alterado.) ¡Corbacho!... dí.

CORBACHO.

En el momento

que se armó la baraunda,
al castillo corrí, donde
ví aquella escena confusa.
Muerto á Albenzar encontraron,
de su hija en brazos, en una
cámara. El señor García
fué el que en ella entró, á la turba
soldadesca defendiendo
que hiciese allí de las suyas.
Mandó sacar el cadáver
á donde con voces mudas
predicase el escarmiento;
y él quedó con piedad suma
á la huérfana infelice
consolando...

D. FERNAN.

(Arrebatado de enojo.)

Calla... ¡oh furia!

Calla, vil... ¿Osa tu lengua?

CORBACHO.

(Intimidado.)

Señor... señor... que me asustas;
yo no oso poner mi lengua
sobre persona ninguna.
Os refiero las hablillas
de la soldadesca chusma,
que ansiaba robar la estancia
que de Albenzar era tumba,
y que el capitán severo
defendió...

D. FERNAN.

(Irritado.) ¡Canalla inmunda,
que no sabe que es de nobles
amparar la desventura,
y defender á las damas
de la insolente gentuza!

(Sospechoso.)

Pero... dime... ¿largo tiempo
el capitán?...

CORBACHO.

¿Qué preguntas?

D. FERNAN.

(Agitado.)

¡Oh!... Si osara... — Mi María
es cual las estrellas pura.
Si el vencedor orgulloso...

¡Oh cielos!... La horrible punta
de un puñal envenenado
mis entrañas desmenuza.
— Corbacho, dime...

CORBACHO.

(Con viveza.) No pierdas
en amargas conjeturas
el tiempo. Toma un partido,
pues todo de aspecto muda.
Cuando una morisca sólo,
rica y de famosa alcurnia,
era tu dama, podías
en esperanzas futuras
perderte, que al cabo era
cristiana hasta las enjundias.
Pero ya...

D. FERNAN.

(Precipitado.) Corbacho amigo,
la ley previene, y es justa,
que la morisca cristiana,
que con español se una
en matrimonio, se libre
de la proscripción.

CORBACHO.

Tarumba
con tu ceguedad me vuelves.
Ya tu María no es una
morisca vulgar. Es hija
del que aun muerto se titula
rey de los moros, caudillo
de esta rebelion; y nunca
habrá para ella indulgencia.
Despues olvidas sin duda
quién es tu padre, y olvidas
que cual desertor figuras
en Flandes, y que en España,
siendo por tu noble cuna
de Santiago caballero,
has faltado en esta lucha,
á que todos tus cofrades
concurrieron sin excusa.

D. FERNAN.

(Despechado.)

¡Oh!... ¡pese á mi infausta estrella!
¡Oh!... ¡Mal haya mi fortuna!
Desplómense estos peñascos;
ábrase á mis piés la tumba.
Bien claro te mostró el cielo
el que á esta sima profunda
tu pasión te despeñaba,
al despeñarte la furia
del caballo. Si tú entónces,
pues que saliste sin una
costilla rota, te hubieras,
renunciando á tus locuras,
vuelto á Flandes, ó á tu casa,
cantáramos la aleluya.
Y aun es tiempo...

D. FERNAN.

(Fuera de sí.) Calla, cesa,
no acrescieras mis angustias:

ó la muerte, ó mi María;
ya tan solamente busca
mi enamorado despecho
de aquestas dos cosas una.
Sí, resuelto estoy, Corbacho,
responde pronto...

CORBACHO.

Pregunta.

D. FERNAN.

¿Dónde está María?... ¿dónde?
Hoy seré su esposo, ó nunca.

CORBACHO.

Cuando salí del castillo,
ya encadenada la chusma
de moros, la preparaban
á bajar con gran presura
y buena escolta, á la villa.
Y de allí, segun mi industria
pudo inquirir, esta noche
dos cuerdas salen; la una
con la rendida canalla,
á las playas donde surtas
están las embarcaciones;
y la otra en que van juntas
las cabezas principales
con María, por la ruta
de Valencia...

D. FERNAN.

Dí ¿esta noche?

CORBACHO.

Esta noche, sí, no hay duda.

D. FERNAN.

(Resuelto.)

Pronto, sus, tráeme el caballo,
que suelto el pasto disfruta
de estos montes, trae mi espada,
trae mis ropas, que me injurian
ya estos villanos disfraces.

CORBACHO.

¿Qué intentas pues?... ¿qué procuras?

D. FERNAN.

Con mi valor y mi acero
burlar la suerte sañuda,
libertando como noble
á mi prenda, de la furia
de sus verdugos.

CORBACHO.

Detente,

no te arrojes sin cordura
á un imposible, do sólo
ó muerte ó deshonra buscas.
La cuerda va custodiada
con gente aguerrida y mucha;
tú eres al cabo uno solo.
El que despechado pugna
por salvar á la inocencia,
y más si el amor le ayuda,
vale por ciento.

CORBACHO.

Tu arrojo

y tu pasión te deslumbran.
Vas, traidor contra un decreto
del rey, á empeñar tal lucha.
Vas á deslustrar tu nombre.
Vas, en fin...

D. FERNAN.

(Despechado.) ¡Suerte sañuda!